

La Tierra del Bluff juzgada por Blasco Ibáñez
(traducido del *Literary Digest*)
(*El Imparcial* [Puerto Rico], 15-9-1919)

«Existe una clase de geografía moral y espiritual, que nosotros nos hemos apropiado» —nos dice el novelista español, Blasco Ibáñez, en la edición de septiembre de *The Delineator*, de Nueva York—. «Es esta una clase de geografía que asigna características a los pueblos de los diferentes países del globo. Dicha geografía es una mezcla híbrida de falsedades y engaños que, por la misma razón que es falsa, queda profundamente grabada en nuestra memoria».

Blasco Ibáñez especifica algunos de los dogmas fantásticos nacionales, a los cuales él dice que nosotros nos adherimos «porque la pobre humanidad olvida la verdad más fácilmente que lo que olvida el error».

De acuerdo con esta geografía, nadie se puede imaginar a las francesas de otra manera, sino con un pie en el aire y un vaso de champagne en la mano; el francés era un ser decadente, incapaz de nada, solo entregado a los placeres de la vida. El italiano era un individuo de cabellera espesa, melancólico, que tañía la mandolina y no servía para otra cosa que para engullir macarrones. El inglés era un arrogante, insufrible *gentleman*, cuyo único ideal en la vida consistía en estar en trajes vespertinos, a eso de las seis, y enteramente borracho, a eso de las diez. El español era un individuo flaco, moreno y hambriento, que lucía su camisa llena de medallas y amuletos, que llevaba constantemente un cuchillo en los bolsillos y que estaba dispuesto a bailar a todas horas. El alemán era un mozo bien criado, un poco ridículo, de una cabeza algo abultada y confusa, un espléndido padre de familia, trabajador como un buey, que fundaba su principal felicidad en su jarro de cerveza y en su *lieder*. Y así esta geografía iba caracterizando a su modo todas las tierras de todo el planeta.

«La guerra», nos dice, «ha ejercido un gran poder para corregir todos estos defectos y engaños. La vieja y legendaria Francia le ha cedido el camino a la Francia que contempló sus hazañas en Verdún, Inglaterra, Italia y España se han revelado bajo una nueva luz». Y, con respecto a los alemanes de nuestras leyendas antiguas, el novelista español escribe:

«Y el bien criado, el paternal germano, que tan dulce canta... hemos venido a conocerlo ahora. Yo no necesito que nadie me diga a lo que él se parece. Quizá, lejos de su tierra nativa, en la atmósfera libre de América, él responde a esta descripción, pero en la tierra de sus padres, con un casco sobre su cabeza, bajo el comando de los emisarios del emperador, él se ha

revelado como la bestia implacable de dos patas que jamás el mundo conoció. El tigre y la hiena son dos corderos gentiles junto a él.

Yo fui uno de los primeros que en 1914 pasaron a través de las secciones de Francia, que los alemanes acababan de abandonar, después de la primera batalla del Marne. Durante aquel período, cuando ellos mismos se creían victoriosos, empleaban la política del terror, “para terminar la guerra lo más pronto”, como ellos mismos decían.

Yo he presenciado con mis propios ojos las escenas de sus atrocidades y de sus obscenidades. No me habléis del bien educado alemán, cuando él se convierte en un soldado y corre a la lucha a vencer. Yo le conozco ya. No existe nada más insolente ni más cruel. Para consolarse uno de ser un hombre, se hace uno la creencia de que él pertenece a otra especie desconocida. Afortunadamente la guerra nos ha enseñado quiénes son nuestros amigos y de quiénes tenemos que vivir en guardia en el futuro».

Era muy difícil esperar que los Estados Unidos escaparía del injusto mordisco con que habría de juzgarnos esta geografía espiritual, y Blasco Ibáñez nos asegura que no podíamos salir ilesos. Para los europeos que tenían esto como una tradición, los Estados Unidos era la tierra del *bluff*¹. Nosotros exagerábamos, nos jactábamos, hacíamos gala de nuestros conocimientos de una manera tan descarada, que una buena parte tenía que ser puesta en duda antes que la verdad se manifestara. Pero una razón particular hubo, para que se verificara un cambio en este modo de juzgarnos, y fueron los alimentos, las armas y los grandes empréstitos de América que cruzaban a través del mar, razón esta que se condensaba en el nombre de un ex-profesor de colegio. Dejemos que hable el escritor: «Y al mismo tiempo sonaba un nombre nuevo; un nombre que lo veíamos crecer de día en día, junto a los de Lloyd George, Poincaré, Briand, Clemenceau, Joffre, Foch, junto a todos los líderes de la guerra europea.

¿Qué está haciendo Wilson?

¿Qué es lo que Wilson dice?

Wilson llegó a ser la personificación de los Estados Unidos, y según ellos se expresaban acerca de él, todo pensamiento de la distante, gigantesca tierra, nos divinizaba su actitud.

Otra innovación amenazante confundió a los europeos. En el viejo mundo de los emperadores y de los reyes, solo se podía concebir la influencia y la autoridad en la persona de un mandatario, vestido de uniforme, con charreteras en sus hombros, con su pecho resplandeciente de condecoraciones y su diestra ceñida en el puño de una espada.

¹ *bluff*.— Fanfarronada, expresión de confianza en uno mismo para intimidar a otros.— Dic. Esp. e Ing. Velázquez.

Y el pueblo experimentó una rara sensación al ver a Guillermo II, aquel monarca tradicional y decorativo, que creía que estaba gobernando por derecho divino, haciendo uso de los acentos dolorosos de *Lohengrin* para dirigirse a un simple profesor de universidad, cuyo nombre había sido ignorado en Europa seis años atrás.

El haber puesto una pequeña marca un día bajo este nombre, en una hoja de papel, por algunos millones de americanos, fue suficiente para hacer del profesor el hombre más influyente del mundo, el gobernante más respetable. Y los soberanos por poder divino, con algunos siglos de reinado tras de ellos, se lo disputaban unos a otros para recabar sus favores.

Si Napoleón, que no hace todavía cien años que está muerto, pudiera resucitar a la vida entre nosotros, comprendería que Guillermo II fuera el dueño de toda Europa, pero no podría comprender que un profesor de universidad fuera el único árbitro en los destinos de un país entero, por el voto de sus conciudadanos».

Entonces Blasco Ibáñez relata el advenimiento del ejército americano, tan profusamente anunciado en todos los cuarteles, como un *bluff* de *bluffs*. Fue aquel un hecho dramático, cuya aparición se juzgaba muy intempestiva en el frente de batalla:

«Los soldados del Star Spangled Banner acertaron a llegar a tiempo, como lo hiciera un actor que aguarda entre bastidores la señal para entrar y asesinar al villano, en el último acto de un drama.

Los japoneses tienen un proverbio que dice: “El triunfo pertenece a aquel que resiste hora y media más”. Esto es verdad, pero uno podría decir, parodiando: “El triunfo pertenece a aquel que echa la balanza a un lado y decide los destinos de la guerra”.

Durante cuatro años Francia e Inglaterra habían estado luchando para contrabalancear las fuerzas del enemigo. No hay duda alguna que al fin los poderes de Occidente hubieran salido victoriosos; pero cuánto les hubiera costado. ¡Y cuán exhaustos hubieran quedado los Aliados! Pero vino América en su ayuda con la balanza decisiva, y el fin de la victoria fue cosa de semanas.

La ligereza y secreto con que el ejército americano llegó a Europa tiene algo de teatral. Uno veía los soldados en los trenes, en las ciudades, pero ni aun los mejores informados podían saber cómo habían llegado hasta allí.

Los pesimistas y los incrédulos llegaron a dudar hasta el final. Ellos no creían en el ejército americano.

Y, sin embargo, una extraña coincidencia, los muchos que rehusaban creer que los Estados Unidos fueran capaces de organizar un ejército en unos

cuantos meses como los ejércitos de Europa, esperaban las más asombrosas invenciones de esos mismos americanos.

El nombre de Edison estaba en los labios de todo el mundo. Edison acabaría la guerra con uno de sus descubrimientos.

Y aquellos que esperaban máquinas portentosas que pudieran segar millones de hombres desde largas distancias, aeroplanos que envenenaran todo el aire de una nación, y otras fantásticas invenciones del mismo estilo, rehusaban admitir la realización lógica y ordinaria de una promesa: la organización inmediata de un ejército.

Todo lo que se relaciona con el modo de juzgar a los Estados Unidos en Europa, está lleno de contrariedades: allá se considera esta nación como un país práctico, pobre en imaginación, absolutamente dado a hacer dinero; y, sin embargo, al mismo tiempo se esperan de él los hechos más sorprendentes, los más asombrosos y mágicos acontecimientos, que trascienden los límites de la posibilidad.

Pero aún había otros que estaban más engañados que los pueblos de las naciones aliadas, en su modo de apreciar las fuerzas de combate que los Estados Unidos podían llevar a los campos de batalla: los alemanes.

Ellos creían más que nadie en el *bluff* americano. Ellos apostaban que el ejército americano no era sino un *bluff*.

Así pensaba el Príncipe Coronado, aquel afligido, aquel sucio cuervo que graznaba por los juegos y las glorias de la “fresca y alegre guerra”; así pensaban los estrategas, y aun el mismo káiser.

Con aquella falsa y convencional geografía que tanto nos ha engañado, fue que nos tuvieron ellos ciegos hasta el final. Al principio de la guerra nos hablaban del tan debatido “pequeño ejército” de los ingleses, creyendo que nunca crecería. El inglés —decían ellos— es un marino, pero no un soldado.

Hasta la conclusión de la guerra, ellos reían insolentes ante el *bluff* del ejército prometido, considerándolo como otra de las tantas invenciones imaginarias de los americanos. Pero su risa cesó de repente, al ver la avalancha de soldados vestidos de kaki, quienes, junto a los franceses e ingleses, rompieron sus líneas.

La leyenda del *bluff* americano ha ido sepultada, y se ha sepultado muy hondo, para bien de todos. En el futuro, todo lo que se diga de los Estados Unidos será aceptado con fe ciega. Aún lo más maravilloso, lo más increíble, de entre las cosas prometidas, el mundo esperará verlo realizado al día siguiente. Para vergüenza y remordimiento de los viejos errores existe latente una amenaza en la actitud de este país, el más avanzado de la tierra».